



Un momento de «La piedra oscura», en cartel hasta el 22 de febrero

MARCO SPUNTO

## La obra nunca escrita de Lorca

La poderosa presencia de Federico García Lorca inunda tenazmente «La piedra oscura», una formidable pieza de Alberto Conejero, estrenada en el Teatro María Guerrero de Madrid

Los hombres en una habitación de un hospital militar en Santander. Uno está herido, el otro es el soldado que lo vigila. De esta situación parte *La piedra oscura*, un gran texto de Alberto Conejero (Jaén, 1978) titulado como un proyecto que Federico García Lorca tal vez nunca escribió o que se ha perdido; solo se conocen el título y la lista de personajes. Esa inspiración de partida se percibe con claridad en la latente e intensa presencia del poeta granadino en una obra que, a partir de datos reales, imagina los días finales de Rafael Rodríguez Rapún, estudiante de Minas, secretario del grupo La Barraca y último amor de García Lorca, a quien, según parece, inspiró sus hermosos e impresionantes *Sonetos del amor oscuro*.

Podríamos definir la obra estrenada hace unos días en el madrileño Teatro María Gue-

rrero como una muestra de teatro documento, aunque, más allá de las dimensiones de esa forma teatral, aquí las referencias veraces que acotan la pieza están engarzadas en una escritura dramática luminosa y de gran tensión poética.

### Atracción y celos

Así, enhebra y subraya elementos como el amor, la pérdida, la redención, la cercanía de la muerte, el miedo, la voluntad de no desaparecer y la incertidumbre, magnitudes que flotan como luciérnagas desconcertadas en la rara relación que se establece entre los dos personajes presos, cada uno a su manera, en el hospital castrense.

Rafael Rodríguez Rapún no viajó en 1936 a México donde Federico García Lorca quería que

lo acompañase y probablemente fue la causa de que el escritor permaneciera en España. Se tiene constancia de los impulsos heterosexuales del joven y de su insistente fascinación por el poeta, de su historia de atracción y celos, y de su pesar por el asesinato de su amigo en Vízcar. Ian Gibson recuerda, en el prólogo a la edición de *La piedra oscura* (Antígona, 2013), lo que María Teresa León señala en *Memoria de la melancolía*: «Rapún se marchó a morir al frente del Norte. Estoy segura de que después de disparar su fusil rabiosamente se dejó matar. Fue su manera de recuperar a Federico».

**PABLO MESSIEZ FIRMA UN MONTAJE TAN ENCENDIDO DE CONTUNDENTE CLARIDAD COMO SENSIBLE**

Tras su metódica labor de investigación, Alberto Conejero sabe, claro, que Rapún, destinado al frente cántabro como teniente de Arti-

llería del ejército republicano, murió en el Hospital militar de Santander, en agosto de 1937, a causa de las heridas que sufrió en un bombardeo de la aviación franquista. Pero el autor quiere que el destino de este personaje sea el pelotón de fusilamiento y que se encuentre con un soldado casi adolescente para, desde esta ficción, construir la memoria de una historia de amor y amistad apuntalada por datos, nombres y detalles reales. Digamos que traiciona la realidad para llegar a lo verdadero, a ese amor truncado por la guerra, al retrato emocionante de un personaje agazapado en un margen de la historia y, también, para insistir sobre el peso no resuelto del pasado sobre el presente. La creación de Sebastián, el joven custodio es todo un acierto dramático. Como el teniente herido, también él se encuentra prisionero, acosado por sus miedos, agobiado por una situación que le desborda, aterrado ante las preguntas del extraño por el que no deja de sentir un interés más fuerte que las órdenes recibidas.

### Papeles ocultos

Al fondo, siempre, la figura de Federico García Lorca: en una carta que guarda el herido, en un soneto que Rafael lee a Sebastián, en las revelaciones que le hace sobre la naturaleza de sus vínculos sentimentales, en el encargo de contactar con Modesto Higuera para preservar unos papeles ocultos... Es Rapún quien, antes de ser fusilado, conforta a su reciente amigo.

Pablo Messiez firma una puesta en escena tan encendida de contundente claridad como sensible, entregada al latido esencial del texto. Estupenda la escenografía mineral de Elisa Sanz, que aúna la dureza gris del recinto y el parpadeo de la ensoñación, ayudada por la iluminación cómplice de Paloma Parra. Nacho Sánchez, un descubrimiento, encarna con convicción alucinada al soldado Sebastián; en sus ojos y su voz caben el horror y la compasión, la angustiosa constatación de que se encuentra perdido y la firmeza de la apuesta por el ser humano que lleva dentro. Frente a él, empapado de dignidad en medio de la tormenta, Daniel Grao se encarga de poner en pie un Rapún trémulo de verdad, afirmado en sus convicciones, embargado por la culpa y, a la vez, seguro de su amor. Un gran montaje.

JUAN I. GARCÍA GARZÓN